

EL SOCIALISMO DEL SIGLO XXI

SAMIR AMIN

1. Mi propósito aquí no consiste en formular lo que “será” o lo que “debería ser” el socialismo del siglo XXI. Cualquier formulación de este tipo remitiría a la lectura del marxismo que comparto: que el socialismo (o mejor, el comunismo) no puede ser más que el producto de la lucha de clases y de los pueblos explotados y dominados, no la puesta en marcha de un “proyecto intelectual” concebido previamente.

No obstante, hace falta formular algunos principios generales que constituyan el punto de partida de una reflexión sobre el análisis de los desafíos y la importancia de las luchas (indisociables los unos de las otras). Los principios formulados en el Llamamiento de Bamako (enero 2006) constituyen para mí una base adecuada, por lo que los recuerdo aquí de forma general:

- 1- Construir un mundo fundado sobre la solidaridad de los seres humanos y de los pueblos
- 2- Construir un mundo fundado sobre la afirmación plena y total de los ciudadanos y la igualdad entre los sexos
- 3- Construir una civilización universal que ofrezca su potencial pleno para el despliegue creador en todas las esferas
- 4- Construir la socialización a través de la democracia
- 5- Construir un mundo fundado sobre el reconocimiento del carácter no mercantil de la naturaleza y de los recursos del planeta, de las tierras agrícolas que sea en condiciones de hacer frente a los retos ecológicos y climáticos planetarios.
- 6- Construir un mundo fundado sobre el reconocimiento del carácter no mercantil de los productos culturales y del conocimiento científico, de la educación y la salud
- 7- Promover las políticas que vinculen estrechamente la democratización sin límites, el progreso social y la afirmación de la autonomía de las naciones y de los pueblos

8- Afirmar la solidaridad de los pueblos del Norte y del Sur en la construcción de un internacionalismo con base antimperialista

El lector encontrará en el Llamamiento de Bamako, publicado en numerosos sitios de Internet, los argumentos que sustentan cada principio, principios refrendados además por muchos de los movimientos en lucha.

Sin duda, algunos manifiestan que estos principios se ubican al lado de las exigencias del comunismo el que, según la tradición marxista, implica la emancipación completa de la alineación mercantil. Continuar el debate en este terreno es ciertamente necesario, mas no debería constituir un obstáculo a la voluntad de construir estrategias de lucha comunes.

Otros, más intransigentes aún, expresan sus temores de que estos principios no inspiren ninguna perspectiva, dando credibilidad a la posibilidad de un “capitalismo con rostro humano”. En contraposición, yo veo que los avances en esa dirección no pueden ser más que el producto de las victorias conseguidas contra el despliegue de la lógica inmanente de la acumulación del capital. En este sentido, ellas dan su contenido a las etapas inevitables en el largo camino al socialismo, excepto aferrarse a la ilusión de “todo, todo enseguida” y al mito de la revolución (en lugar de avances revolucionarios) que, por un golpe de magia, permita alcanzarlo.

2. El momento actual se caracteriza, después de una treintena de años, por una ofensiva del capitalismo (siempre “liberal” por naturaleza), imperialista en demasía (por naturaleza, igualmente) que golpea a todas las clases dominadas, tanto el Norte como en el Sur (la periferia del sistema capitalista mundial). Esta ofensiva es multidimensional, intenta imponer una gestión económica de mercados desregulados a favor del capital, dismantelar las conquistas sociales, reprimir mediante la violencia la resistencia popular, de conducir “guerras preventivas” contra los países recalcitrantes. La ofensiva es conducida por el conjunto de los centros imperialistas (la “tríada”: Estados Unidos, Europa y Japón), unidos bajo el liderazgo de Washington.

El momento de euforia del capital y del imperialismo –pasados a la ofensiva bajo la bandera del neoliberalismo y la globalización- ha sido de corta duración (1990 – 95). Muy rápido las clases populares entraron en el combate de la resistencia a tal ofensiva.

Sí, de manera general la primera ola de luchas contra esta ofensiva se libró en los terrenos de la resistencia y de la réplica a la ofensiva antes mencionada de múltiples maneras. La cadena de los espacios de las resistencias es continua y, según las circunstancias y el lugar, las luchas se desarrollaron en el terreno

principal del desafío más inmediato que hubieron de enfrentar los pueblos. En este sentido los reclamos por la regulación del mercado, la promoción de los derechos de la mujer, la protección del medio ambiente, la defensa de los servicios públicos, de la democracia, así como la resistencia armada a las agresiones de los Estados Unidos y de sus aliados en el Medio Oriente (Irak, Palestina, El Líbano) no pueden disociarse entre sí.

En sus luchas de resistencias los pueblos han innovado.

Sí, la cultura política dominante de la izquierda fue marcada durante los siglos XIX y XX por prácticas basadas en la organización vertical jerarquizada de los partidos, los sindicatos, las asociaciones. En las circunstancias de la época los movimientos que estos últimos protagonizaron –transformaciones sociales radicales y reformistas, revoluciones, independencias nacionales- transformaron el mundo, de manera generalmente favorable a las clases populares y a los pueblos dominados.

Sin embargo, los límites y las contradicciones propias a estas formas de acción aparecieron con fuerza a partir de los años 1980-1990. El déficit democrático de estas formas, llegando incluso a la autoproclamación de “vanguardias” armadas con el conocimiento “científico” y la estrategia “eficaz”, originó decepciones ulteriores: reformas y revoluciones elevaron al poder a regímenes de quienes lo mínimo que podemos decir es que con frecuencia no cumplieron sus promesas y que a menudo se comprometieron en acciones criminales. Estos fracasos hicieron posible el regreso ofensivo del capital dominante y del imperialismo a partir de los años 1980-1990.

Muchas de las antiguas fuerzas de la izquierda organizada quedaron apartadas de estas primeras luchas, tímidas ante la agresión, en ocasiones unidas a las opciones liberales e imperialistas. El movimiento fue alimentado por las “fuerzas nuevas”, a veces de manera casi “espontánea”. En su despliegue, estas fuerzas promovieron el principio fundamental de la práctica democrática: negando la jerarquía vertical y promoviendo formas horizontales de cooperación en la acción. Este avance de la conciencia democrática debe considerarse como un progreso “civilizacional”.

3. Las luchas de resistencia han obtenido innegables victorias. Ellas han impulsado (mas solamente impulsado) la derrota de la ofensiva del capital y del imperialismo. Esta derrota se hace patente en todas las dimensiones de dicha ofensiva.

El proyecto norteamericano para el control militar del planeta, indispensable para garantizar el “éxito” de la globalización actual, las guerras “preventivas”

libradas para asegurar la efectividad (invasión a Afganistán y de Irak, la ocupación de Palestina, la agresión contra el Líbano) ya son derrotas políticas evidentes.

El proyecto económico y social neoliberal, concebido para servir como cimiento fuerte y estable a la acumulación del capital – asegurar la tasa de beneficio máximo a todo precio- es, de acuerdo a la opinión de las mismas instancias que le dieron origen (Banco Mundial, FMI, OMC, Unión Europea) incapaz de imponer sus condiciones. Está “descompuesto”: la ronda de Doha de la OMC se encuentra en un callejón sin salida, el FMI enfrenta la quiebra financiera, etc. La amenaza de una brutal crisis económica y financiera está a la orden del día.

4. Sin embargo, no hay motivos para autofelicitarse por estos triunfos. Los mismos resultan insuficientes para transformar las relaciones de fuerza sociales y políticas a favor de las clases populares y, de hecho, estos triunfos permanecen vulnerables mientras que el movimiento no pase de la resistencia defensiva a la ofensiva. Solamente esta puede abrir el camino a la construcción de la alternativa positiva “otro mundo es posible” y, por supuesto, mejor.

El desafío que enfrentan los pueblos que luchan es parte de la respuesta que los mismos darán a la pregunta que aquí se plantea: utilizando los términos expresados con fuerza por François Houtart; pasar de la conciencia colectiva de los retos a la construcción de agentes sociales activos de la transformación.

El avance es y será difícil. Este implica: (i) la radicalización de las luchas y (ii) su convergencia en medio de la diversidad (retomando la consigna del Foro Mundial de Alternativas) en los planes de acción comunes, los que implican una visión política estratégica, la definición de los objetivos inmediatos y más lejanos (la “perspectiva” que define la alternativa, para nosotros aquella del socialismo del siglo XXI).

La radicalización de las luchas no es aquella de la retórica de los discursos, sino la articulación de las mismas en un proyecto alternativo donde las mismas se propongan sustituir los sistemas vigentes de poder social: la construcción de hegemonías sociales (alianza y compromisos de clases) que se impongan como alternativas a las hegemonías sociales en el poder (las de las alianzas dominadas por el capital, el imperialismo y las clases sometidas a sus servicios). Más allá de una vaga “coordinación” de las luchas (o simplemente de intercambios de opiniones) que no permiten trascender los desgajamientos (y las debilidades que se derivan), la convergencia no puede ser sino el producto de una “politización” (en el mejor sentido del término) de los movimientos fragmentados. Esta exigencia es combatida por el discurso de la “sociedad civil apolítica”, una

ideología directamente importada de los Estados Unidos que continúa ejerciendo causando estragos.

La convergencia en medio de la diversidad y la radicalización de las luchas encontrará sus expresiones en la construcción inevitable “de etapas” (si bien algunos no quieren ni siquiera escuchar el término, que les parece sinónimo de compromisos y oportunismos) permitiendo: (i) avances en la democratización asociados (y no disociados) al progreso social y (ii) la afirmación de la soberanía de los Estados, de las naciones y los pueblos, imponiendo formas de globalización negociada y no impuesta unilateralmente por el capital y el imperialismo.

Estas definiciones de contenido sobre la construcción alternativa no son ciertamente aceptadas por todos.

Algunos consideran que la democracia política, aún disociada de la “cuestión social” (sometida a las exigencias del mercado), es “algo mejor que nada”. Sin embargo, tenemos que los pueblos de Asia y África no aparecen en el conjunto dispuestos a batirse por esta forma de democracia disociada del progreso social (de hecho asociada, en el momento actual, a la regresión social). Ellos prefieren, a menudo, alinearse a movimientos parareligiosos/étnicos fuertes y poco democráticos. Podríamos lamentarnos; más vale preguntarnos el por qué. La “democracia” no puede ser ni exportada (desde Europa) ni impuesta (por los Estados Unidos). Ella no puede ser más que el producto de su conquista por parte de los pueblos del Sur a través de sus luchas por el progreso social, como ocurrió (y aún es) en Europa.

Lo anterior implica la profundización de los debates relativos a la democratización de las sociedades. Yo hablo de la “democratización”, refiriéndome a la naturaleza del proceso continuo de su progresión, y no de la “democracia” que inspira la adhesión a las fórmulas prefabricadas propuestas por el modelo de la democracia representativa occidental. Una democracia por demás en retroceso, tal y como diríamos del proceso de construcción europea. De acuerdo a la perspectiva del socialismo, las fórmulas que asocian el progreso social y la práctica auténtica de la democracia en la conducción de las luchas y de la gestión de los poderes alternativos que ellas permiten instrumentar, serán inventadas por los pueblos mismos.

La mención misma de la nación, de la independencia nacional y de la soberanía provoca en algunos una aguda crisis de urticaria. El “soberanismo” es casi calificado como “tara del pasado”. La nación ha de botarse como un desecho, la globalización ya la ha vuelto obsoleta. Esta tesis, popular entre las clases medias europeas (por razones evidentes vinculadas con los problemas que supone la

construcción de la UE), no encuentra ningún eco en el Sur (¡ni tampoco en los Estados Unidos o en Japón!)

La visión “no nacional” (o postnacional) evocada se deriva de la idea que la globalización (o la regionalización) constituirá, en lo adelante, el nivel de decisión para las transformaciones posibles, habiendo perdido el nivel nacional dicha capacidad. En otros términos, que la idea de la búsqueda de avances en un “solo país” es ilusoria. La idea es menos nueva de lo que parece y retoma en parte la crítica dirigida poco ha al proyecto de la “construcción del socialismo en un solo país”.

Yo no suscribo este punto de vista (incluso compartiendo el punto de vista crítico del “socialismo en un solo país” y considerando igualmente que los avances en esta dirección pueden producirse en un solo país). Yo no creo que avances preliminares a escala mundial y regional sean posibles, a partir de las condiciones desiguales que los permiten aquí y no allá.

Esta cuestión será retomada, evidentemente, cuando hablemos de Europa.

La transformación por etapas no excluye la creencia en la perspectiva a largo plazo. Para algunos, entre los que se incluye el autor de estas líneas, esta es la del “socialismo del siglo XXI”; otros no aceptan el “socialismo”, para ellos contaminado definitivamente por su práctica en el pasado siglo.

Sin embargo, incluso si el principio de la convergencia es aceptado, su puesta en práctica resultará difícil. Aquí se trata de conciliar: (i) los avances de la práctica democrática adquirida durante y por las luchas (renunciar necesariamente a la nostalgia de los movimientos “comandados” por las “vanguardias”); (ii) las exigencias de la unidad de acción, modestas o ambiciosas de acuerdo a las coyunturas locales (nacionales).

El principio de la convergencia necesaria no es aceptado por “todos”. Algunas corrientes llamadas “autonomistas”, inspiradas más o menos en formulaciones “posmodernistas” la rechazan. Los movimientos que ellas inspiran deben ser respetados como tales; ellos forman parte del frente de lucha. Algunos llegan incluso a pretender que el movimiento sea en sí disperso y se construya como alternativa por sí mismo, llegando incluso a pretender que “sujeto individual” está ya en vías de convertirse en agente de la transformación (la visión teórica de Negri). Los pensadores de las corrientes autonomistas afirman poder cambiar el mundo sin tomar el poder. La historia dirá si esto es posible o es una ilusión. Podemos, con seguridad, no adherirnos a esta tesis teórica. Este es el caso, probablemente, de muchos de los poderosos movimientos populares comprometidos en las grandes batallas. Podemos también pensar (¿esperar?) que

las organizaciones heredadas del pasado –partidos políticos, sindicatos, etc.- sean capaces de transformarse de acuerdo a la práctica democrática exigida.

En todos los casos, ya se trate de “grandes organizaciones” o de “pequeñas organizaciones” el conflicto enfrenta la “lógica de lucha” (que hace prevalecer las exigencias de la misma) a las “lógicas de la organización” (que hacen prevalecer los intereses puestos en juego por las “direcciones” actuales o en espera de serlo y por la participación del poder dominante del momento, favoreciendo, por tanto, el “oportunismo”).

5. Las avanzadas en las direcciones que abren la vía para la construcción de la alternativa tienen lugar, en este mismo instante, en América Latina, en contraste con su ausencia, total o parcial, en otras partes del mundo, en Europa, Asia y África.

Estas avanzadas, en Brasil, Argentina, Venezuela, Bolivia, Ecuador y su triunfo posible en otros países –México, Perú, Nicaragua- son precisamente el producto de la radicalización de los movimientos que han alcanzado el nivel de masa crítica eficaz y de su convergencia política. Se trata “de avances revolucionarios” en el sentido que ellas han inclinado las relaciones sociales y políticas a favor de las clases populares. Sus éxitos se deben a su respuesta práctica y real que asocia la democracia de la gestión de los movimientos y la cristalización política de sus proyectos, superando la disgregación que impera fuera.

Que los poderes del Estado que estas avanzadas han producido “traigan problemas”, que estos se arriesguen a hundirse bajo presiones ejercidas desde el exterior y por las clases locales privilegiadas, ¿quién lo negará? ¿Hay que despreciar entonces las posibilidades que estas transformaciones (¡de poder!) abren a los movimientos populares? Estos poderes permiten otros avances, consolidados por la asociación (y no por la disociación) de la afirmación de la independencia nacional (cara a cara con Estados Unidos), de la democratización y del progreso social. La experiencia de América Latina demuestra concretamente que los avances son, en principio, el producto de las luchas nacionales.

Estos avances pueden además, si los mismos se multiplican en una región, modificar el paisaje de la misma en beneficio de la consolidación de sus experiencias. El ejemplo de MERCOSUR es bien representativo. Concebido como un proyecto de mercado común, se inscribe en la globalización capitalista (a pesar de sus contradicciones parciales con los objetivos de la potencia dominante, los Estados Unidos), esta construcción puede tomar un sentido nuevo, sumando el incentivo asociado a las nuevas perspectivas abiertas a partir

de la elección de Lula y del surgimiento del proyecto político bolivariano antimperialista del ALBA.

La convergencia no puede ser construida a nivel mundial o regional si no es puesta en práctica primero en los niveles nacionales pues, querámoslo o no, son estos últimos quienes definen y enmarcan los desafíos concretos y es a estos niveles que se logrará inclinar o no la balanza de los equilibrios actuales que rigen las relaciones de fuerza sociales y políticas a favor de las clases populares. Los niveles regionales y mundial pueden reflejar las avanzadas nacionales y sin duda posibilitarlas (o al menos no convertirse en un obstáculo) un poco más.

Por otra parte la imagen de la realidad, a pesar de las luchas, es menos ventajosa.

En Europa la prioridad dada a la “construcción de la Unión Europea” favorece el desplazamiento hacia el liberalismo social, las ilusiones mantenidas por la retórica de la “tercera vía” y del “capitalismo con rostro humano”. ¿Podrá el “movimiento” superar estas limitaciones?” Personalmente lo dudo mucho y pienso que los cambios decisivos de orientación del poder político constituyen una condición previa, en particular la ruptura con el atlantismo (la OTAN es el enemigo de los pueblos europeos). Otros no lo creen así. En Europa del Este, a punto de transformarse a partir de sus relaciones reales con Alemania y la Europa occidental en lo mismo que fue (y aún es) América Latina para los Estados Unidos, las ilusiones son aún mayores.

La opinión europea –yo pienso en aquella que critica el sistema actual- está dividida entre los “europeístas” y los “no europeístas”. Los unos y los otros podrían, finalmente, ponerse de acuerdo sobre “las ventajas” que representaría una Europa unida, dando contenidos diferentes a estas ventajas: aquellas de volverse una nueva superpotencia económica, o de devenir el pedestal de una Europa social. Este debate queda en la abstracción mientras no responda a ciertas cuestiones preliminares. Las condiciones que caracterizan a los diferentes socios en Europa – a quienes yo no defino solamente a partir de sus niveles desiguales de desarrollo material, sino también por la diversidad de sus culturas políticas- ¿permiten la concreción de avances posibles en el conjunto regional? Mi respuesta es negativa. El proyecto europeo ha estado concebido desde el origen (por Jean Monnet, un adversario declarado de la democracia) como no democrático, destinado a sustituir los poderes que se derivan normalmente del sufragio con poderes no democráticos de decisión (disfrazados como poderes tecnocráticos, sometidos de hecho a las exigencias del capital dominante). La Unión Europea no ha salido de esta óptica; la expresión de “déficit democrático” se ubica de este lado de la realidad, empleada para asegurar el edificio contra toda “amenaza democrática”. En estas condiciones la Europa social no puede ser más que un engaño. La construcción de la misma pasa por la demolición de las

instituciones de Bruselas, no por su “reforma”. A su vez, esta demolición debe estar comprometida allí donde sea posible, arrastrando otras consigo y creando así las condiciones para una construcción diferente y alternativa. ¡Si la “izquierda” no toma la iniciativa en este sentido, entonces las demagogias paranacionalistas amenazarán vigorosamente con recuperar el poder!

El debate sobre esta cuestión no puede ser evitado. El mismo debe ser abordado con un espíritu abierto a los argumentos de unos y otros.

En Asia y África existen en el momento actual, corrientes que nosotros calificamos de “culturalistas”, que alimentan la ilusión de proyectos pretendidos “civilizacionales” fundados a partir de agrupamientos parareligiosos o étnicos.

Yo entiendo por culturalismo no el reconocimiento banal de la diversidad de las culturas ni incluso aquel del deber de respetarlas, sino la tesis según la cual estas culturas constituirán invariantes transhistóricas, eso que no son y que serían, sobre esta base, estrategias legítimas y eficaces de respuesta a la destrucción de la globalización capitalista imperialista por el repliegue sobre “la autenticidad cultural” (revestida de oropeles parareligiosos o paraétnicos).

Construidas en detrimento de otras dimensiones de la “identidad” (la clase social, la nación) esas estrategias convienen perfectamente al despliegue del proyecto capitalista imperialista porque los regímenes fundados sobre esta base no cuestionan los principios del mercado mundializado, contentándose con transferir los conflictos de los terrenos de la realidad social a los cielos abstractos de la “cultura”. El “choque de las civilizaciones” es, de seguro, una estrategia del imperialismo y de sus aliados locales. En este sentido, también el discurso sobre la “diversidad cultural” viene a menudo en auxilio de estas llegadas a callejones sin salida. El discurso es, por demás, perfectamente tolerado (incluso apoyado) por el poder del capital y del imperialismo.

La cuestión es saber porque una tesis de esta naturaleza acumula aparentemente los éxitos que se constatan. La respuesta que doy a esta interrogante enfatiza en las insuficiencias de las izquierdas radicales que se han alineado en su mayoría en torno al proyecto nacional popular de los regímenes en el poder durante la era de Bandung (1955-80). La erosión y posterior derrumbamiento de estos regímenes –previsible para quienes reconocían sus contradicciones y limitantes– provocó con su caída también la caída de las izquierdas a las que nos referimos. La alternativa radical capaz de superar las insuficiencias de los regímenes en el poder perdió su credibilidad, se creó un vacío en la cultura política que fue llenado por el culturalismo. A esta razón fundamental, le añadiría el apoyo sistemático suministrado por Washington a los movimientos culturalistas. Dicho esto, no es cierto que las dictaduras culturalistas disfruten de un apoyo

indefectible de sus pueblos. Los signos de resistencia y revuelta no faltan. Pero aquí como allá, esas rebeliones pueden ubicarse en la perspectiva de la reconstrucción popular, abriendo la vía al progreso del socialismo, o no producir más que un nuevo caos, o incluso ser absorbidas y ubicadas dentro de un proyecto “democrático” liberal aceptable por el capitalismo imperialista.

El paralelo se impone entre la evolución aquí dibujada para el Tercer Mundo y el desafío al que se enfrentan los pueblos europeos. Volveremos sobre el análisis del peligro de “otro mundo es posible”, aún más salvaje que este que conocemos.

6. La reconstrucción de un “frente de países y de pueblos del Sur” constituye una de las condiciones fundamentales para la emergencia de “otro mundo”, no fundado sobre la dominación imperialista.

Sin subestimar, cualquiera que esta, sea la importancia de las transformaciones de todo tipo que han encontrado su origen en las sociedades del Norte en el pasado y en el presente, hoy estas han quedado atadas al carro del imperialismo. No debería entonces asombrarnos que las grandes transformaciones a escala mundial hayan encontrado su origen en las rebeliones de los pueblos de las periferias, de la Revolución rusa (“el eslabón débil” de la época), de China y en el frente de los No Alineados (Bandoung) que obligaron al imperialismo, durante un tiempo, a “ajustarse” a exigencias en conflicto con las lógicas de su expansión. La página de una globalización que fue multipolar, aquella de Bandoung y de la Tricontinental (1955-1980), ha sido pasada.

Las condiciones de la globalización actual prohíben una “versión” de Bandoung. Las clases dirigentes de los países del Sur, en la hora actual, intentan inscribirse en esta globalización, a la que esperan quizás inclinar a su favor y que no combaten. Estas clases se dividen en dos grupos de “países”: aquellos que tienen un proyecto “nacional” (de naturaleza capitalista pero matizada por las concesiones o su ausencia a favor de las clases populares, mas sin embargo en conflicto abierto o encubierto con las estrategias del imperialismo –a discutir caso por caso), como la China o los países emergentes de Asia y América Latina; aquellos que no tienen un proyecto y aceptan “ajustarse” unilateralmente a las exigencias de expansión imperialista (se trata entonces de las clases dirigentes sometidas).

Alianzas de geometría variable están constituyéndose entre los Estados (los gobiernos), de las que hemos visto su emergencia en el seno de la OMC. No se puede tratar con desprecio las posibilidades que estos acercamientos pueden abrir a los movimientos de clases populares (sin caer en ilusiones).

Un frente de “pueblos del Sur”, que vaya más allá de los acercamientos entre las clases dirigentes ¿es esto posible? Limitada por las corrientes “culturalistas”, señaladas anteriormente y las confrontaciones que estas acarrearán entre los pueblos del Sur (sobre bases pseudoreligiosas o pseudoétnicas) la construcción de este frente parece difícil. La misma sería menos problemática en la medida que los Estados “que tienen un proyecto” pudieran –bajo la presión de sus pueblos- evolucionar hacia un sentido resueltamente antiimperialista. Esto implica que sus proyectos salgan de las sendas de la ilusión, que los poderes, resuelta y exclusivamente “capitalistas nacionales”, estén en condiciones de tornar a su favor la globalización imperialista y de permitir a sus países convertirse en agentes activos dentro de la globalización imperialista, participando en la construcción del sistema mundial (y no ajustándose unilateralmente a este). Esas ilusiones son aún grandes y son reforzadas tanto por las retóricas nacionales como por aquellas que adulan a los “países emergentes” (en busca de la “nivelación”), desarrolladas por las instituciones al servicio del imperialismo. Pero en la medida que los hechos desmientan esas ilusiones, nuevos bloques nacionales populares y antiimperialistas podrán abrir el camino y facilitar el internacionalismo de los pueblos. Hay que esperar a que las fuerzas progresistas del Norte lo comprendan y lo apoyen.

7. Dos proyectos para “otro mundo” están actualmente en construcción y, evidentemente, en conflicto, a veces de manera silenciosa, a veces violenta. La globalización liberal, que ya ha fracasado visiblemente será necesariamente superada pero ¿se inclinará a la izquierda o la derecha? Esta es la cuestión decisiva.

El capitalismo es ya un sistema social obsoleto. El sostén de los privilegios de clases asociado a la “propiedad” que lo caracteriza exige, en lo adelante, el abandono de los principios de su gestión a través de los mecanismos llamados “liberales”. El “apartheid a escala mundial” es la única respuesta que el capitalismo imperialista puede dar a esta contradicción.

La búsqueda de la acumulación del capital en beneficio de una minoría en descenso de la población mundial exige, a la vez, la destrucción del mundo rural (que aún representa la mitad de la humanidad), la repartición cada vez más desigual del acceso a los recursos naturales del planeta (necesario para mantener el derroche del Norte), la dependencia de las nuevas industrias del Sur del control de las tecnologías de producción, su confinamiento a explotar “la ventaja” de su mano de obra barata.

El bloque social hegemónico portador de este proyecto está constituido por el capital oligopólico financiero globalizado (que domina la alianza), las burguesías del Sur (dependientes) y puede beneficiarse del apoyo de grandes

segmentos poblacionales del Norte (en particular de las clases medias). Pero el mismo choca y chocará siempre con la resistencia de los “excluidos”: la mayoría de la población del Sur, las minorías en posible progresión en el Norte. El Sur – llamado a mantenerse como “la zona de tempestades”- no puede ser controlado más que por medio del despliegue continuo de amenazas y de intervenciones militares de las potencias imperialistas, asociadas a tales empresas. Tal es la racionalidad (criminal) del proyecto de Washington de control militar del planeta y de la unión, en última instancia, de sus socios europeos y japoneses para este proyecto.

El capitalismo se inauguró, al nacer, con un etnogenocidio gigantesco, aquel de las civilizaciones precolombinas. En la actualidad está obligado a cometer otro crimen sistemático, de la misma naturaleza, contra los pueblos de Asia y África. Y la voluntad de preservar el monopolio de las ramas nucleares en beneficio de las potencias de la triada imperialista no es el mecanismo menos anodino entre los mecanismos necesarios para la consecución de este proyecto.

La puesta en marcha de este proyecto está en curso. El “proyecto europeo” cierra las opciones de los pueblos de dicho continente y los somete de manera irreversible a las exigencias de la búsqueda de la acumulación capitalista y del alineamiento atlántico. El despliegue de las opciones culturalistas paraétnicas y parareligiosas en el Sur perpetúa la dominación de los bloques sometidos. Este “nuevo mundo” (¡este también es “otro”!) ya dispone de su expresión ideológica, fundada sobre la afirmación prioritaria no de los “derechos del individuo” sino del individualismo sin fronteras, de la sustitución del consumidor –cliente mercantil y político- con el ciudadano. Una especie de fascismo “blando” (sin desfiles ni brazos levantados), respetuoso en apariencia de una “democracia representativa” vacía de toda intención renovadora, aquella de las dictaduras sangrientas legitimadas por la “especificidad cultural”.

No se trata de un “capitalismo con rostro humano”, sino más bien de lo contrario, de un estadio nuevo del despliegue capitalista-imperialista en todo su horror sangriento.

Este proyecto no es factible, felizmente, solo a partir de lo “posible”. Las contradicciones que lo minan son tales que su contrario –el socialismo del siglo XXI- está lejos de constituir una “utopía” (en el sentido vulgar de un deseo irreal).

El socialismo tiene una historia. En un primer momento concibió la superación del capitalismo a partir de sus centros “desarrollados”, mediante la reforma o la revolución proletaria. No significa una gran dificultad comprender la razón: el socialismo se conforma “naturalmente” en el seno de la nueva clase obrera

explotada por el capitalismo industrial de la Europa del siglo XIX. La realidad de su dimensión mundial imperialista, subestimada en este primer momento, se impuso en el transcurso del siglo XIX. Mientras que la “revolución” se alejaba del horizonte de los centros del sistema, esta cobraba forma en la periferia, desde Rusia hasta China. Sin embargo, ahora se trata de “otra revolución” que asocia en todas sus contradicciones las aspiraciones socialistas con otras de naturaleza capitalista, las demandas de liberación nacional con las de alcance universal. El maoísmo intentó dotar a este conjunto de aspiraciones, todas legítimas de alguna manera, de una coherencia eficaz.

Las luchas de liberación nacional en Asia y África, formas diluidas de rebeliones contra el orden imperialista, de naturaleza semejante intentaron, a su estilo y con sus limitaciones, afirmar su legitimidad a partir de nuevas propuestas teóricas, rompiendo con el marxismo histórico del que había sido portador Franz Fanon (“los condenados de la tierra”), encontrando eco en Occidente mismo (a través de la formulación de Marcuse de los roles de las vanguardias de los “excluidos”). Estas cuestiones están todavía presentes y encuentran expresión renovada en el seno del “altermundialismo” de hoy.

El desafío es, entonces, conservarse siempre fiel a sí mismo, a pesar de las grandes transformaciones objetivas producto de las victorias conseguidas por los pueblos durante el siglo XX y de las coyunturas del momento. El capitalismo obsoleto (yo le digo “senil”) se ha convertido no solamente en el enemigo de la clase obrera a la que explota directamente sino en el enemigo de la humanidad entera. La humanidad debe y puede reconsiderar su pretendida “perpetuidad” y empeñarse en la construcción del (o de los) socialismo(s) del siglo XXI.

Esta construcción, tomando en cuenta la realidad conformada por el despliegue imperialista y la diversidad de las coyunturas de las luchas en curso, no puede ser sino gradual y diversa en sí misma. Esta es la razón por la que prefiero hablar de avances revolucionarios actuales más que de “revoluciones” (pues el término deja entender que las soluciones que ellas aportan son “definitivas” y “totales”).

Estos avances implican, evidentemente, que los bloques sociales hegemónicos alternativos que se conforman a partir de los primeros (así como el poder) integren a las grandes mayorías populares del Sur (en particular a los campesinos).

Otros avances, de naturaleza probablemente diferente, son posibles en los mismos centros imperialistas. Aquí aparece la “cuestión europea”. El posible conflicto entre las aspiraciones de los pueblos de Europa y el proyecto atlántico de Washington y Bruselas no se fundamenta, según mi criterio, en los conflictos

de intereses del capital dominante (este, a pesar de esos conflictos secundarios, queda estratégicamente fusionado en una visión común de las exigencias de la gestión del planeta), sino en las divergencias que oponen las culturas políticas europeas a aquella de los Estados Unidos, cuestión a la que ya me referí anteriormente.

El socialismo del siglo XXI será el producto de la convergencia de los avances del Sur y del Norte, que permitirá de manera simultánea la superación de las lógicas exclusivas de la acumulación y la construcción de una globalización multipolar negociada. Yo no retomaré aquí los aspectos que ya he abordado para estas perspectivas, en particular aquella que se refiere a la asociación (y no la disociación) de las aspiraciones democráticas y del progreso social. Esta opción excluye la adhesión al modelo de la “democracia representativa” – ella misma en crisis en los países del Occidente capitalista donde el proyecto de “otro mundo” en vías de construcción se dedica a aniquilar el potencial renovador - y además implica la crítica radical de los discursos que intentan imponerla: los discursos de los derechos del hombre (y las prácticas de doble rasero a las que sirven de justificación), el discurso de la sociedad civil apolítica, el discurso legitimador de la “exportación de la democracia” (la nueva bandera de alineamiento con el proyecto imperialista, análoga a aquella que ayer justificó la colonización en nombre de la cristianización de los amerindios), el discurso sobre el “totalitarismo” cuya función es la de suprimir toda perspectiva que supere la “democracia liberal”.

La construcción de la convergencia en la diversidad de las luchas que pueden inscribirse dentro de la perspectiva del socialismo del siglo XXI restituye su lugar al universalismo, negado por los discursos culturalistas posmodernistas que se inscriben objetivamente dentro de la perspectiva del apartheid globalizado. La afirmación de este universalismo no es sinónimo de la “occidentalización del mundo” ni la negación de las especificidades. El las reubica en sus marcos originales, como productos de trayectorias históricas diversas generadoras de culturas políticas, a la vez diferentes y en constante transformación.

El combate por el socialismo del siglo XXI debe además tomar la medida exacta de la significativa dimensión inmediata que representa el desafío del proyecto de control militar del planeta, ya sea por los Estados Unidos en solitario o por el imperialismo colectivo de la triada (Estados Unidos, Europa y Japón). Este desafío ubica la geopolítica en el centro del escenario, pues mientras este proyecto no haya sido abandonado todos los avances posibles, aquí o allá, serán en extremo vulnerables.

Traducido por: Jacqueline Laguardia Martínez
29.03.2007